



“La educación femenina en la cultura occidental”

p. 9-24

Josefina Muriel

*La sociedad novohispana y sus colegios de niñas.
Tomo I. Fundaciones del siglo XVI*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2004

304 p.

Figuras

(Serie Historia Novohispana 52)

ISBN 970-32-1840-7 (Tomo I)

ISBN 970-32-1840-7 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/038_01/sociedad_novohispana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO I

LA EDUCACIÓN FEMENINA EN LA CULTURA OCCIDENTAL

Conceptos educativos en el mundo grecorromano

La educación femenina ha preocupado a los filósofos, humanistas, pedagogos de oficio y, en general, a pensadores de todos los tiempos. La razón de ello es, como ya decía Platón, que las mujeres constituyen la mitad del Estado y, por tanto, sin ellas un Estado es sólo la mitad de lo que habría de ser. Si esto lo pensamos no en cuanto a números sino en cuanto a actividades privadas y públicas, cultura, civilización, progreso, producción, consumo y todos los aspectos que se quieran, hasta llegar a la felicidad de los pueblos, en la realización plena de la persona, que es el fin del Estado, la importancia de la educación de las mujeres adquiere un preeminente relieve.

Muchos de los hombres que han dejado huella en el pensamiento humano han valorado la importancia de la educación de la mujer para la felicidad del Estado y han tratado de orientarla según su propia filosofía de la vida.

No pudiendo la educación carecer nunca de objetivo, éste ha variado conforme ha sido el absoluto que corona cada filosofía. Así, en la historia de la pedagogía aparece la educación orientada hacia la naturaleza, hacia Dios, hacia la humanidad, hacia la libertad, hacia el superhombre, hacia la autodeterminación moral, hacia el intelecto,¹ etcétera.

De acuerdo con cada objetivo de la educación, la técnica ha variado, dando lugar a distintas teorías. El considerarlas nos hace

¹ F. de Hovre, *Pedagogos y pedagogía del catolicismo. Sistemas pedagógicos contemporáneos*, trad. al español de José María Bernáldez, pról. de F. W. Foerster, Madrid, Ediciones Fox, Buenos Aires, Editorial Poblet, s. f.



descubrir lo que los hombres han querido que sean las mujeres a través de la historia, porque han sido ellos los que han proyectado su educación.

Al lado de esta situación ideal hay otra real contra la que esas teorías se estrellaron o no pudieron ponerse en práctica; ésta fue el poco interés del Estado en reglamentar la educación de la mujer, de acuerdo a los intereses de una política nacional, al consenso general de lo que la mujer debe ser dentro de cada grupo social, que en gran parte no tomó en cuenta el pensamiento o la doctrina educacional de los grandes pedagogos.

Platón se pronunciaba contra la reclusión de las mujeres en el hogar, la restricción de sus actividades a los límites de éste, y protestaba contra los legisladores que dejaban a la mujer entregada a una vida muerta, sin regla alguna, diciendo: "No cesaré de insistir en dar la misma educación a las mujeres que a los hombres." Que vayan a los gimnasios y se eduquen tan magníficamente como lo hacen los hombres. El griego pretendía con esto que, en las cargas del Estado, en los trabajos y en los progresos, las mujeres contribuyesen. Es decir, le interesaba integrar a las mujeres, como una persona más, para la felicidad del Estado.

Aristóteles centra el interés de la educación femenina en la virtud, porque, para él, en la virtud reside la felicidad del Estado; así, después de explicar que la virtud hace feliz al hombre, concluye que "el que reconoce que la felicidad individual lo es por la virtud, dirá que la ciudad más virtuosa es la más feliz".² Ya en la parte primera de la *Política* afirmaba la importancia de la educación de las mujeres en relación "a la constitución política, si es que importa a la ciudad virtuosa, el que nuestros hijos sean virtuosos y el que sean virtuosas nuestras mujeres, y necesariamente debe importarle, como quiera que las mujeres son la mitad de la población libre..."

Todas estas ideas de los filósofos griegos pasaron a Roma, donde se desarrollaron con las características propias de la cultura latina. Entre los pensadores romanos, los estoicos sostuvieron que debía darse a las mujeres la misma educación que a los hombres. De hecho, así fue en lo fundamental, ya que existía un sistema de coeducación tanto en las escuelas infantiles como en las que llamaríamos de cultura superior que eran para adolescentes.

² Aristóteles, *Política*, versión española, notas e introd. de Antonio Gómez Robledo, México, UNAM, 1963, cap. VII, p. 202.



En la escuela, las niñas aprendían en su lengua latina a leer y escribir, a declamar, a cantar, a bailar y a tocar algún instrumento. En las escuelas superiores, las adolescentes tenían maestros varones que se encargaban de enseñarles la lengua griega, literatura, canto y baile.³

Los aspectos que la educación femenina exigía como propios se daban en el hogar. Allí aprendían a hilar, tejer, bordar; también se les fomentaba ese culto a la belleza, consistente en el cuidadoso arreglo personal, la elegancia al caminar, en fin, a tener una atractiva personalidad. Las mujeres de las altas clases sociales estudiaban en sus casas con maestros particulares.

Hubo mujeres de gran cultura en Roma, como Cornelia, esposa de Craso; Pompeya, culta en filosofía, geometría, música y literatura; Plotina, emperatriz dedicada a la filosofía epicúrea; Julia Dorina, dedicada a la filosofía, que vivía rodeada de matemáticos retóricos; Octavia, a quien Virgilio dedicó el sexto libro de la *Eneida*. La lista continuaría recordando a Julia, Arria, Pola Argentaria, Agripina, Cloria Pulchra, etcétera.

Sin embargo, en esas mismas épocas del imperio romano, en que la cultura femenina y masculina llega al máximo, el saber era en gran parte diletantismo que se pagaba teniendo maestros y filósofos a sueldo y, en general, era parte de la *dolce vita* romana.

Plutarco pugnó porque las mujeres estudiaran con más seriedad, y que, siguiendo el método socrático, se dedicasen al estudio de la filosofía, combinándolo con el de las matemáticas y la astronomía. Pensaba que “una mujer versada en Platón y Xenofonte se avergonzaría de danzar y andar en brujerías”.⁴

Para que los estudios les ayudasen a mejorar la moral convertida ya en amoralidad de la sociedad romana, Musonio proponía que se dedicasen al estudio de la filosofía moral.

En el declinar del imperio, la mujer romana había alcanzado una total libertad: tenía pleno dominio de sus bienes; a voluntad se casaba, divorciaba o sostenía varios amantes, con anuencia del marido; es decir, llegó en cuestiones de matrimonio y sexo al máximo libertinaje.

³ L. Friedlaender, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma desde Augusto hasta los Antoninos*, trad. del alemán de Wenceslao Roces, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1947.

⁴ L. Friedlaender, *op. cit.*, cap. V, p. 304-307.



Los hombres de Estado, los pensadores, los poetas, todos clamaban contra el desenfreno moral de la mujer. Horacio, en una de sus odas al Estado, dice: “Esta época, rica en pecados, mancilló primeramente el matrimonio, la familia y la casa, y el mal, fluyendo de estas fuentes, se derramó luego sobre el Estado y el pueblo.”⁵

Educación femenina en la cultura cristiana. De San Jerónimo a Luis Vives

A este mundo se enfrentará el naciente cristianismo que va a sostener tres actitudes radicalmente opuestas a los ideales romanos. El fin del hombre no se encuentra en este mundo sino en la Jerusalén celestial, como llamara San Agustín al reino de Dios. Los medios para alcanzarlo son el dominio de sí mismo mediante una vida ascética que permita al hombre su señorío sobre las pasiones carnales.

A los viejos mandamientos de la ley mosaica se añadió uno que cambiaría el concepto de la relación humana. El nuevo mandamiento no era la represión sino de acción inmediata y constante: “que os améis los unos a los otros...”

Éste fue el más fuerte choque contra el egoísmo, que implicaba el buscar, por encima de todo, el goce personal. Pues el placer se supedita al respeto a sí mismo y a los demás hombres. Es la persona humana que emerge y ante la cual la libertad se estructura en una nueva dimensión de respeto mutuo, ante la novísima dignidad personal proclamada en las bienaventuranzas.

San Pablo, en sus *Epístolas*, hará con las enseñanzas del maestro la doctrina del cuerpo místico, y San Agustín, años después, nos mostrará cómo se pudo operar dentro del corazón humano esa transformación que cambió las inquietudes de la *dolce vita* pagana en la feliz paz de la unión con Cristo cuando escribió en sus *Confesiones*: “Hiciste nuestro corazón para ti y estará inquieto hasta que no descansa en ti.” Concepto que definió plenamente en *La ciudad de Dios* cuando explicó que la Jerusalén terrenal la edifica el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, en tanto que la celestial está fincada en el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo.

⁵ *Ibidem*, cap. v, p. 290-291.

Es en aquellos primeros siglos del surgimiento cristiano cuando, teniéndose el máximo interés en la explicación clara e invariable del dogma, será definido también lo que la persona humana es y vale. En esos conceptos, contenidos en las obras de los padres de la Iglesia, existen lineamientos educativos de enorme importancia por su vigencia a través de toda la Edad Media, la Moderna y aún en nuestros días, aunque desde luego ya con mucha menor rigidez.

Los pensadores cristianos coinciden con Aristóteles en la finalidad de la educación; como éste ponen dentro de su concepto educativo el mayor énfasis en la virtud, aunque con diferente finalidad. El uno para la felicidad de los pueblos; los otros para edificar la Jerusalén celestial.

Entre los padres de la Iglesia, hubo varios que pusieron gran interés en la educación femenina, abocándose a dar a las mujeres orientaciones precisas, indicaciones concretas que, aunque no fueron nunca un plan oficial de la Iglesia para toda la educación de las mujeres cristianas, por haberse dado sólo con carácter privado, sí fueron reconocidas siempre como la opinión de los padres de la Iglesia sobre educación femenina, y su divulgación fue tan trascendente que, en el siglo XVII, aún repercutían. Así dice sor Juana: “Oh cuántos daños se excusaran a nuestra república si las ancianas fueran doctas como Leta y que supieran enseñar como lo manda San Pablo y mi padre San Jerónimo.”⁶

En las *Epístolas*, que escribió San Jerónimo en el siglo XV, sostuvo este santo la necesidad de que las mujeres fueran cultas para ser buenas cristianas. Alabó a Marcela por su ingenio y virtud y se admiró ante Blesila por su pureza de lenguaje, tenacidad de memoria y agudeza de ingenio. Era, dice, “de tan grande y extremada habilidad que, si la oyeras hablar en griego, juzgaras que no sabía latín ni otra lengua sino aquélla, y, si volvía a hablar en su lengua romana y natural, no olieras en ella ningún sabor de otro lenguaje... más aún, en pocos días venció la dificultad de la lengua hebrea...”⁷

El interés de San Jerónimo en que la mujer estudie llega a tanto que hace para la niña Paula, hija de Leta, un plan detalladí-

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, “Carta a sor Filotea de la Cruz”, *Obras escogidas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938, p. 164 (Colección Austral).

⁷ San Jerónimo, *Epístolas*. Cartas a Principia y a Paula.



simo, y, en un arranque de entusiasmo ante la importancia que para él tenía la educación de la niña, dice: “yo me ofrezco aunque estoy viejo y muy ocupado a ser su maestro, su ayo... me tendré por más honrado con esto, que el filósofo Aristóteles enseñando al rey de Macedonia Alejandro”.⁸

Él mismo, en su carta a Leta, marca los pasos que ha de seguir en la educación de su hija, pues considera a la madre la primera educadora. Ellas son las que enseñan a hablar a los hijos; así, “la elocuencia de los Gracos la debieron a su madre Cornelia”. La importancia de la convivencia de madre e hijas la hace notar ampliamente como factor básico de influencia para el desarrollo posterior. Sin embargo, no quiere que la madre sea la única educadora; debe serlo también un maestro de edad probada, vida honesta, erudición y ciencia competente el que eduque a la niña.

El método de educación que San Jerónimo propone es una instrucción atractiva en la que la vista, el tacto y el oído se desenvuelven en armonía para llevar a la mente los conocimientos, cosa que los pedagogos modernos han vuelto a inventar. Así dice:

Hágansele una letra de boj o marfil, poniendo a cada una su nombre, y juegue con ella, para que el mismo juego sirva para aprender y jugar juntamente... y junte unas sílabas con otras. Tallen en madera las letras y ella las repase con el papel puesto encima. Cuando ya comenzare a escribir con su mano tierna y temblando, haz que otra persona ponga la mano sobre la suya, para que vaya guiando sus dedos. El estímulo y la bondad paciente deben ser básicos en la educación. Por ello la niña debe estudiar en comunidad; nunca sola. Se le premie para alentarla al progreso. La competencia sana es un estímulo para las niñas; por ello es bueno que oiga las alabanzas a las compañeras que en justicia lo merecen.

Pone el obispo un gran énfasis en la inteligencia del educador para comprender al educando, disponiendo que, si una niña tarda en aprender, no se le riña sino se adopte una actitud más inteligente como es despertar el ingenio con otros estímulos para que no aborrezca el estudio, recalcando que en esto debe ponerse “¡mucho cuidado!”

El sentido de la educación debe enfocarse desde un principio al aprovechamiento de todos los elementos de la instrucción; por

⁸ San Jerónimo, *op. cit.* Cartas a Leta, p. 110.



ejemplo, las palabras: que los nombres que empiece a aprender sean escogidos entre los de los apóstoles y de los profetas. Así, sin pensar, aprenden cosas que les conviene tener en la memoria.

Una mujer debe hablar correctamente —continúa el santo—. Así ha de pronunciar bien las letras, no hablar entre dientes ni con otros defectos del lenguaje, pues precisamente esto es lo que diferencia al hombre rústico del docto.

Las obras que San Jerónimo consideró básicas en su tiempo para la educación de una mujer cristiana, y cuya lectura y estudio estimó necesarios, fueron los libros sagrados; entre ellos: los *Proverbios*, el *Salterio*, el *Eclesiastés*, el *Libro de Job*, las *Epístolas* y los *Hechos de los Apóstoles*, los *Evangelios*, los libros de Moisés, el de los *Reyes*, el *Paralipómenos*, el *Esdras*, el de Esther y, finalmente, el *Cantar de los cantares*. A éstos añadió los *Opúsculos* de San Cipriano, las *Epístolas* de San Atanasio y los libros de San Hilarión. Completó su programa educativo con una serie de sugerencias sobre la forma de vida de la mujer, que varían conforme al estado de cada una, solteras o casadas. La soltería implica la virginidad, y la castidad en la viudez. A San Jerónimo, que le tocó vivir la decadencia del imperio romano con todos sus vicios, le parece, al igual que a San Agustín, que la más elevada forma de vida es la del estado de virginidad, y por ello da a las doncellas una serie de consejos de vida ascética, que abarcan desde el vestido, el baño, la comida, la sirvienta, las amigas, hasta el alejamiento de las grandes ciudades y la reclusión en monasterios, como medios más seguros para poder vivir en esa mayor virtud.

Como una reacción a las libertades que los paganos tenían en materia sexual, San Jerónimo da una preferencia a la vida de las vírgenes ante el matrimonio, al cual acepta sólo como un medio para salvaguardar la virtud de la mujer. Así, en una carta que dirige a Eustoquia, la hija de Santa Paula, que era casada, le dice que es mejor para una mujer hacer un santo matrimonio que convertirse en ramera. Y a continuación nos demuestra que cuanto afirma es resultado del conocimiento de la vida que lo rodea; así clama contra aquellas mujeres que se vestían de viudas sin haber sido casadas y cuyo estado se descubre

por la hinchazón del vientre y lloro de los niños, y de las otras, que toman bebedizos para no concebir y hacerse estériles, y de las que,



habiendo concebido, abortan... Hay mujeres —dice quejándose— que se visten como cristianas y son nueva especie de concubinas y rameras que buscan hermanos para vivir con ellos en apariencia castamente, cuando tienen con ellos deleites carnales.⁹

Este ambiente que, al igual que San Jerónimo, vivieron los grandes directores del pensamiento cristiano, hace que todos pongan un gran énfasis en el valor de la virginidad y de la castidad, propiciando que las mujeres se retiren del mundo y se encierren con beneplácito de sus familiares en las diversas instituciones que ellos mismos hacen surgir y que van a adoptar diversos hombres a través de los siglos. La mujer no se educará en plena libertad responsable, sino que sacrificará esa libertad para alcanzar la virtud en el encierro del hogar o del monasterio.

Sin embargo, hubo un importante desarrollo cultural femenino dentro de los monasterios medievales, al igual que ocurría con los varones. En ellos, las niñas entraban en plan de colegialas generalmente a partir de los siete años, para recibir de la directora de estudios las que se consideraban materias fundamentales de instrucción, como lo eran las Sagradas Escrituras, lectura, escritura, latín, que, por supuesto, era la lengua de la cultura europea. A esto se añadía la enseñanza de música, pintura y artes menores. De todo ello quedan innumerables constancias en bibliotecas de Francia, Inglaterra, Alemania, España, y en las de los monasterios de monjas benedictinas, clarisas y cistercienses. Allí están los libros copiados por las monjas amanuenses y decorados por las miniaturistas. Las biografías de las mujeres de la Edad Media, como Santa Gertrudis la Magna (1256-1301), Mectilde, y las de otras como Santa Clara de Asís (1193-1253) y Santa Catalina de Siena (1347-1380), describen los intereses en la educación femenina del siglo XII al XV, cuyos resultados conocemos en las obras que escribieron e instituciones que crearon y que hoy se cuentan por miles. Contemporáneas a estas mujeres hubo otras que, aun recibiendo el mismo tipo de educación, se interesaron en el ambiente profano de su tiempo, ese del que nos hablan los libros de caballerías y los cantos de los juglares, las que no escribieron de éxtasis místicos, ni sermones morales, sino de las aventuras fantásticas, maravillosas, de amores prohibidos, imposibles y avasalladores. Tal es el caso de la

⁹ *Ibidem*, IV. Carta a Eustoquia.

extraordinaria María de Francia (hacia 1160) con sus famosos *lais*. No debe olvidarse entre las mujeres del siglo XI a la célebre Hildegard de Bingen, abadesa del monasterio benedictino de Disibodenberg, naturalista, poetisa, música y compositora, cuyas obras revaloradas por la crítica moderna son hoy impresas y aun grabadas en discos.

Otro tipo de obras como la titulada *Des clerics et nobles femmes* de Boccaccio, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, nos presenta las mujeres en hermosas ilustraciones, haciendo sus autorretratos, pintando cuadros de imágenes religiosas, trazando dibujos murales para las pinturas de frescos, escribiendo, iluminando los libros de horas, dictando lecciones, tocando el tímpano y el arpa, practicando la tapicería y el bordado, todo dentro de las salas de sus castillos. Acciones de mujeres que otros textos más corroboran, mostrando esa cultura de las altas esferas sociales, que en aquellos tiempos nunca llegó a las clases populares.

En la Edad Moderna un pensador español, Luis Vives, humanista egregio y maestro en la Universidad de Oxford, fue quien expresó las ideas más importantes sobre la educación femenina, ideas que expuso en una carta y en un libro. La primera está dedicada a Catalina de España, reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII; el segundo, que forma parte de sus obras morales, se titula *Institutio foeminae christianae (Instrucción de la mujer cristiana)* y fue dedicado a la misma reina.

Comienza Vives su obra lamentando que nadie se haya ocupado “con el debido detenimiento a la formación de la mujer cristiana”, pareciéndole de importancia primordial “aficionar a la virtud la voluntad de la mujer... que ha de ser la compañera de toda la vida del hombre”. Apoyándose en la experiencia de Aristóteles relata cómo desde los tiempos de los griegos era notable que en “aquellas ciudades en donde la formación de la mujer es desatinada quedaran privados de gran parte de felicidad”.¹⁰

La obra de los padres de la Iglesia, respecto de la mujer, para Vives fue incompleta, pues, dominando en ellos la preocupación por el dominio de los instintos sexuales, todos se dedicaron a hablar a la mujer de la virtud de la castidad, dejando un verdadero vado en lo referente a la educación.

¹⁰ Juan Luis Vives, *Instrucción a la mujer cristiana*, Buenos Aires-México, Espasa Calpe, 1940.



No desconoce Vives a las mujeres cultas de la cristiandad; admira a Tecla, a Catalina de Alejandría, a Paula, a Leta, a Eustoquia y a otras, como mujeres sabias; pero hay excepciones que le hacen afirmar que desde aquellos tiempos había carencias de preceptos generales para educarlas.

No se detiene Vives en constatar el hecho, sino que, como maestro que era, dicta él los lineamientos generales de que carecía el mundo cristiano, proyectando para la mujer una cultura humanística mucho más amplia que la de San Jerónimo, a fin de darle la posibilidad de cumplir más eficientemente los fines que la naturaleza y su lugar en la sociedad le exigían.

Encuentra que los preceptos educativos en la cultura occidental cristiana eran muy escasos y que, a pesar de haber un reconocimiento pleno del derecho y la obligación de la mujer como de toda persona humana a la cultura, no constituyeron nunca una doctrina oficial y perfectamente declarada e impulsada por la Iglesia, por lo que, aunque hubo lugar para las mujeres cultas y la Iglesia se glorió de esto, no surgió de ella ningún movimiento educativo de carácter general.

El horizonte intelectual que señala Vives a la mujer es mucho más amplio que el de San Jerónimo, pues es más universal, más humanista, puesto que él mismo es un hombre del Renacimiento español. Así, aunque encuentra como sus antecesoras que el primer precepto de la vida de una mujer está en la honestidad, halla como segundo el que debe ser docta.

Para él, la educación femenina se logra con “poquísimos preceptos” y con una virtud que es la base de todas las virtudes femeninas: el pudor.¹¹ A esto subordina toda la educación cuando dice: “La mujer no debe ser tan docta como honesta.” Este pensamiento de Vives es muy importante, pues va a ser el que explique el sentido de toda la educación femenina en el mundo hispánico.

Para Vives, el fin de la educación es la virtud, pues, como seguidor de la teoría educacional aristotélica, sostiene que la cultura espiritual más la instrucción producen una mayor perfección humana de la que dimana mayor virtud y, por ende, la máxima felicidad del Estado; y aceptando, como el griego, que gran parte de la felicidad de los pueblos depende de la virtud de sus mujeres,

¹¹ Juan Luis Vives, *op. cit.*, t. I, p. 985.

hace a éste responsable también de su educación. La educación femenina la enfoca Vives en la realidad de las mujeres de su tiempo, en el ambiente hogar-familia, no porque desconociera la posibilidad de la existencia de un mundo en el que ellas, superando el encierro hogareño, trabajaran igual que los hombres, pues esta posibilidad ya la había planteado, entre otros, su amigo Tomás Moro, en la *Utopía*, sino porque su interés educativo era realista, práctico y se dirigía a las mujeres de su época, a las que constituían su convivencia humana, a la “compañera de toda la vida del hombre”. Interesado en todas ellas, redacta estudios y planes que sirvieran para la educación en “su niñez, su juventud, para su matrimonio y su viudez”.

Considerando a las mujeres de su época dice: “la mayor parte de los vicios de las mujeres de este siglo proviene de la ignorancia”,¹² en tanto que las mujeres más sabias brillan por su virtud. Como ejemplo de ellas cita a las hijas de Santo Tomás Moro, “a quienes su padre hizo sapientísimas”, y añade: “apenas hallaremos en la historia mujer docta que haya sido impura”, pese a que existan las Safos y las Leoncias, porque el estudio de las letras “primeramente ocupa el alma toda del hombre y luego eleva el entendimiento a la contemplación de la soberana hermosura, tan eficazmente, que aparta del espíritu todo pensamiento de torpezas... puesto que tiene ella misma otros deleites sobremana decorosos, que le tienen hechizada la voluntad”.¹³

Para Vives, el saber por el saber no tiene sentido; por ello dice con toda precisión en su *Instrucción de la mujer cristiana*: “sus estudios deberán ser las letras que forman las costumbres a la virtud”. Y en la dedicatoria de la *Pedagogía pueril* escribe a Catalina de Aragón: “Pido a Cristo que esta pueril pedagogía ayude a tu hija intensa y eficazmente, así para su instrucción como para su virtud.”

Por eso también aclara que sus instrucciones no son para las doncellas necias, vanas e insulsas “que querían que sus vicios fueran aprobados” sino para aquéllas deseosas de ser más virtuosas.

La virtud y la cultura deben estar unidas teniendo siempre como fundamento y finalidad a la primera. Los estudios deben enseñar a la mujer la mejor manera de vivir, debiendo profundi-

¹² *Ibidem*, t. I, p. 997.

¹³ *Ibidem*, t. I, p. 1000.

zar dentro de esa parte de la filosofía que se refiere al mejoramiento de las costumbres, pues “en segundo término está el que sea elocuente como Quintiliano”.

Vives se entusiasma ante el atractivo de su mujer ideal y exclama: “si es posible hallar alguna mujer buena, docta y que enseñe, a ésa yo la preferiré”.¹⁴ Así llega a parecerle un don del cielo la convivencia de un hombre con una mujer de tal cultura y termina recordando cómo la musa Calíope, pródiga con el poeta Lucano, le dijo: “no sólo te daré la gloria de los versos sino que con las teas nupciales te entregaré una esposa culta en quien se refleje la hermosa lumbrera de su genio”.¹⁵

Para lograr la formación de esa mujer ideal, culta-virtuosa, de la que irradie felicidad, Vives planea una educación cuya fuerza reside en la bondad. Ésta es la base de su sistema, en el que resalta la congruencia del método con los fines que pretende: virtud-felicidad. Y, aunque fue enemigo del castigo como medio de educación, tampoco desechó “el castigo de azotes para reprimir las malas acciones cuando la bondadosa persuasión se hubiese agotado”.

Sobre la base de la bondad hace un esquema educativo fuera de toda frivolidad pero no carente de juegos y diversiones, en el que todo tiene un sentido de formación virtuosa y en el que se cuida, escrupulosamente, todo aquello que pueda infeccionar a la niña a los “afeites, galas y atavíos”.

Respecto del ambiente en que debe ser educada una niña, Vives señala dos cuestiones básicas: la honestidad y la virtud de las educadoras y vigilantes y la necesidad ineludible de la convivencia con personas de su misma edad.

La niña “debe ser criada por su madre”, pero no quedar aislada en su hogar, sino convivir jugando y estudiando con otras niñas o con otras jovencitas según su edad, convivencia que señala por conveniente aun para la singular princesa de Inglaterra.

En la ya citada *Pedagogía pueril* que en 1523 escribió para la educación de María, la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, mencionó las materias que habían de constituir su instrucción. A través de esta obra es fácil conocer que su interés en la educación

¹⁴ *Ibidem*, t. I, p. 1000-1001.

¹⁵ *Ibidem*, t. I, p. 997.



femenina no se limitaba a un saber leer, escribir y malamente contar, sino que abarcaba el amplio y básico campo de las humanidades. He aquí una lista que nos lo detallará:

1. Lectura latina. Todo lo deben estudiar en latín, manejando para ello el diccionario latín-inglés
2. Partes de la oración
3. Escritura
4. Memoria
5. Inflexión de los nombres
6. De los verbos
7. Sintaxis
8. Los participios
9. Verbales
10. Anómalos
11. Vocablos
12. Ejercicios de redacción latina
13. Autores. Pone como ejemplos de los libros que debe leer una niña *Los dísticos* de Catón, *Las sentencias* de Publio Sero, *Los aforismos de los Siete Sabios* explicados por Erasmo.
Debe despertársele el gusto por los cuentos —dice—, como el episodio del niño Papirio Pretextato, narrado por Aulo; la historia de José, que está en la Biblia; la de Lucrecia, de Tito Livio; la novelita a Griselda, escrita por Boccaccio, que está en lengua vulgar; otras de Valerio Máximo, Sobélico y otros escritores de tendencia moralizadora que contengan recomendaciones de la virtud y aborrecimiento del vicio.
14. Repaso y ampliación de lo anterior
15. Lenguaje. La niña debe hablar con su preceptor¹⁶ y con las doncellas que tendrá por compañeras.
16. Acentuación
17. Apuntes
18. Autores. “Aquellos que aliñen la lengua y las costumbres y que enseñen no solamente a bien saber sino a bien vivir”, como, por ejemplo, Cicerón, Séneca, Platón (en especial, *La República*), San Jerónimo (sus cartas), San Agustín; de Erasmo, *La instrucción del príncipe*; *El Echrídión*, la *Paráfrasis*; la *Utopía* de Tomás Moro; *La historia* de Justino Licio Floro y Valerio Máximo; el Nuevo Testamento. Poetas: Prudencio Sidonio, Paulino, Arátor, Próspero, Juvencio (cristianos), Lucano, Séneca el *Trágico* y Horacio.

En su obra, *Intrucción de la mujer cristiana*, recomienda la misma estructura humanística para todos, acentuando la necesidad

¹⁶ El preceptor de la princesa María fue Tomás de Linacre.



del conocimiento del Antiguo y Nuevo testamentos y, en especial, sus libros históricos y morales.

A las que gozan con los versos, les sugiere el conocimiento de grandes poetas latinos.

Dado el estado del conocimiento en el siglo XVI, la amplitud de criterio de Vives es grande y consecuente con el objetivo que para él tiene la educación. Selecciona las materias, los autores y las obras que deben constituir la cultura femenina de acuerdo con el enfoque que debe tener la instrucción, para alcanzar ese objetivo preciso e inequívoco que pretende, que es la formación de “una mujer buena, docta, y que enseñe”. La mujer debe ser docta para ser virtuosa y para poder enseñar a todos los que a ella se confían en su mundo que es el hogar.

Dentro de la lectura señala un camino y hace una advertencia: el camino es leer siempre aquellos “libros que ponen compostura en las costumbres” y la advertencia es no leer libros ociosos e insulsos “que son placer endulzador de veneno que instigan al mal obrar”. Entre ellos cita a los que en su tiempo estaban de moda en Europa, tales como *La Celestina*, *Cárcel de amor*, *Lanzarote del lago*, *Paris y Diana*, *Ponto y Sidonia*, *Pedro de Provenza*, *Flavio y Blancaflor*, *Leonela y Canamoro*, *Curial y Floreta*, *Píramo y Tisbe*, *El arte de amar de Ovidio*, *El decamerón*, *Amadís*, *Esplandián*, *Florisandro* y *Tirante Tristán*.

En toda la obra Vives pone especial énfasis en la lectura para la educación femenina y dice: “instrúyase la mujer leyendo, si no por ella, por sus hijos, para enseñarlos y hacerlos mejores”, y “si sabe letras enséñelas ella misma a sus hijos para que sea a la vez madre, ama y maestra”.¹⁷

Su interés en la educación femenina lo lleva a proponer que se instruya a todas las mujeres, aun a las “mal dotadas” (débiles o retrasadas mentales), dándoles a éstas de viva voz lo que no puede dárseles por escrito.

Si comparamos las ideas educacionales de Vives con las de su contemporáneo Tomás Moro, expresadas en su famosa *Utopía*, veremos una gran concordancia. En la vida de su ciudad ideal, las mujeres son educadas desde niñas en las labores que la sociedad necesita básicamente, como son las agrícolas, para la alimentación. En las mecánicas, cada una elige, según el oficio que quiere de-

¹⁷ Juan Luis Vives, *op. cit.*, t. I, p. 1140.

sempeñar, lo que desea aprender, como hilado, tejido, corte y confección, para la necesidad de vestido y arte culinario.

Todas las mujeres trabajan, pero poco, porque, como no se trata de una sociedad de consumo ni se busca nada superfluo, sólo se trabaja seis horas. Así las mujeres, como los hombres, pueden dedicar gran parte de su tiempo al cultivo de las letras, asistiendo por las mañanas, antes del trabajo, a cursos públicos, y por las tardes, después de la cena, en jardines de verano, o salas comunes en invierno, tienen la posibilidad de dedicarse a la música y recrearse conversando. Este interés en la cultura femenina lo hizo vida Tomás Moro en la educación de sus hijas.

Las galas, los afeites, las alhajas, los ricos atavíos, la frivolidad y el ocio estaban prohibidos en Utopía, al igual que proscritos quedaban en la educación de Vives, pues la frivolidad no tenía sentido en aquella ciudad ideal ni en una educación que busca la felicidad. Las diversiones de los utópicos son también como en el lineamiento educacional de Vives a más de esparcimiento estimulante de la virtud.¹⁸

Los ideales femeninos de Moro y Vives coinciden en tan básicos aspectos, que bien podría decirse que la sociedad de Utopía podía estar formada por las mujeres educadas por Vives: honestas, sencillas, sin afeites ni adornos superfluos, y con las virtudes y la cultura necesarias para hacer de su casa un hogar y de su patria la república ideal, donde la justicia y la equidad reinaran y la cultura de sus ciudadanos, puesta al servicio del hombre, tuviera como fin la felicidad de todos.

En la imaginaria ciudad de Tomás Campanella (1568-1639) aparecen tendencias semejantes respecto de la educación femenina. La mujer debe ser educada al igual que el hombre y tener acceso a la cultura y a todas las ciencias, ya sean las matemáticas, la medicina, las ciencias naturales, etcétera, insistiéndose además en la necesidad de que practiquen ejercicios físicos para hacerlas fuertes y saludables, prohibiéndose también los artificios, los lujos atavíos, la frivolidad y, sobre todo, la ociosidad.¹⁹

¹⁸ Thomas Moro, *Utopía*, Buenos Aires, Clásicos Thor, s. f.

¹⁹ Fuentes importantes para conocer esta evolución educativa son, entre otras, la obra de Jorgione, *Antología pedagógica universal*, y la *Historia general de la pedagogía*, de Francisco Larroyo.

